

ALMAS PRÓCERES : HOMENAJE AL LIBERTADOR DE MÉXICO

Al centenario del asesinato de Don Agustín de Iturbide
19 de julio de 1824 19 de julio de 1924



Hoy hace un siglo que cayó sobre el suelo mejicano la sangre generosa de Don Agustín de Iturbide.

Parece fresca aún; ni los vaivenes de nuestras desgracias ni la inmensidad de nuestro olvido han logrado orear esa sangre ni disipar su trágico perfume.

Parece fresca aún; entre el fragor de los combates, entre los gritos de odio y de dolor que llenan este siglo de nuestra vida nacional, se levanta solemne, gigantesco, indestructible el clamor de la sangre que se extiende por los ámbitos de la república, como la voz de la patria, y que sube a los cielos como una plegaria y como una expiación.

¿No lo hemos oído? La sangre tiene su clamor, más poderoso que las palabras, más elocuente que las lágrimas. Hay una sangre divina cuyo clamor llena los siglos, acallando todos los gemidos del dolor humano y todas las imprecaciones del odio y del mal; hay una sangre divina cuya voz de amor y de misericordia realiza el equilibrio del universo y forma con su maravillosa plenitud el tema grandioso de la Historia. Es la sangre de Cristo.

En torno de ese amor divino se agrupan, se enlazan, se agitan con inimitable armonía todos los clamores de la sangre generosamente derramada, la sangre de los limpios, la sangre de los héroes, la sangre de los santos.

¿No distinguimos en ese sublime concierto la voz de una sangre que es nuestra por su origen,

nuestra por la donación del amor, nuestra por la oblación del heroísmo? ¿No oímos el clamor de la sangre de Don Agustín de Iturbide, el libertador de Méjico, que hace un siglo que clama, que hace un siglo nos habla con profunda elocuencia?

Hay en ese clamor dos acentos: el acento de la vida y el acento de la muerte. El primero, de acendrado patriotismo, se dirige a nuestro corazón, el corazón de los mejicanos; el otro, de suprema expiación, se lanza hacia el cielo, hacia Dios, que es justicia y es misericordia.

En este luctuoso centenario quería invitar a todos mis compatriotas para que escucháramos en el inmenso silencio de nuestros recuerdos nacionales ese clamor inefable y conmovidos hasta lo profundo de nuestras entrañas, nos agrupáramos en torno de la bandera de Iturbide, que es bandera de la Patria, y como los Israelitas encabezados por Judas Macabeo, invocáremos todos al Señor, al Dios de las naciones, para que se escuchara la voz de esa sangre que clama hacia Él.

Los grandes hombres no mueren totalmente; son como flores que al marchitarse dejan la tierra embalsamada con su perfume; son como soles que al hundirse en el ocaso



Monseñor Luis Ma. Martínez

siguen tiñendo con su púrpura la inmensidad del firmamento. Don Agustín de Iturbide no ha muerto del todo; vive aún su espíritu en su bandera gloriosa, vive su corazón en su obra inolvidable, vive su palabra en el clamor de su sangre que no calla.

Por eso, cien años después de su muerte, evocamos su figura inmortal; por eso sobre sus cenizas, inanimadas y frías, hablamos de vida, de aquella vida que no se ha extinguido del todo, porque vive en nuestros blasones como timbre de gloria, y debe vivir en nuestro espíritu como lección de sabiduría, y debe vivir en nuestras almas como fuego inextinguible y fecundo.

Toda la vida del Libertador puede condensarse en estas palabras que él mismo escribió en el manifiesto de Liorna; **“El amor de la Patria me condujo a Iguala; él me llevó al trono; él me hizo descender de tan peligrosa altura”**.

Su pluma fue sincera; allí está para comprobarlo la verdad y justicia de la Historia.

El sentimiento que llenó con su exquisita grandeza el alma de Iturbide fue el amor de la Patria, ese sentimiento que, digan lo que quieran los innovadores de hoy, engrandece y eleva; porque la Patria, según la feliz expresión del P. Lacordaire, es la Iglesia del tiempo, como la Iglesia es la Patria de la eternidad.

Jesucristo ungió al patriotismo con las lágrimas divinas que lloró sobre su patria desdichada, y le dio una base tan amplia y tan firme en su ley maravillosa de amor, que la Iglesia ha enaltecido al colocar sobre los altares a la dulce y heroica Virgen de Orleans, salvadora de su patria.

El primer teatro del patriotismo de Iturbide, como lo acabamos de oír, fue Iguala; su primera obra, el plan glorioso que aseguró nuestra libertad; su primer símbolo, su bandera, que, digámoslo de una vez por todas, no es la bandera de un partido, sino la bandera de la Patria; porque esconde entre sus pliegues nuestras escasas glorias y nuestras lágrimas copiosísimas, porque simboliza en sus colores sagrados las bases de nuestra nacionalidad.

Para Iturbide, el plan de Iguala era la égida

de la felicidad general, y para casi toda la Nación Mejicana lo fue un día, aquel día inolvidable en que esta ciudad, rebotando entusiasmo y esperanza, recibió triunfante al ejército libertador.

¿Era en efecto ese plan la expresión genuina de los profundos anhelos nacionales?

Para contestar esta pregunta se necesita serenidad y reflexión.

Las sociedades, como todos los seres del Universo, están sujetos a leyes naturales que no se inventan sino se descubren; respetar esas leyes es respetar la vida y hacer posible el progreso; violarlas es destruir, es provocar catástrofes, es hacer imposible el orden y la paz.

Iturbide, en íntimo contacto con la realidad, descubrió con profunda mirada en la Nación que iba a construir, como hechos sociales indestructibles y hondos: una compacta unidad religiosa, que solo pudo ser destruida en largos años de atentados y catástrofes, y con mengua de los verdaderos intereses nacionales; una organización étnica formada de españoles y mejicanos, con sus diversos matices, que convivía y entrelazaba sus mutuos intereses; y por último, una fuerte tradición monárquica con una indiscutible incapacidad para las instituciones democráticas, que un siglo de sangrientos ensayos no ha podido perfectamente implantar.

¡Libreme Dios de que en el pleno siglo veinte y en la tierra de América, enamorada de la democracia, pretendiera yo levantar la bandera de la monarquía! La Iglesia acepta todas las formas de gobierno con tal que en ellas quepa la verdad que liberta y la justicia que engrandece a las naciones.

Pero así como se juzgaría absurdo volver en nuestros tiempos a la monarquía, absurdo hubiera sido soñar en la formación de una flamante democracia, cuando acaba de demolerse el trono de los virreyes, y con aquellos buenos antepasados nuestros que ni sabían ni querían ni podían tomar participación en el gobierno del que habían vivido alejados por una tradición tres veces secular.

Iturbide miró estos hechos: descubrió las leyes naturales que palpitaban en las entrañas de la



nueva Nación y las expresó sencillamente en las bases libertadoras de Iguala.

¡No!; el plan de nuestra independencia no fue la copia servil de lo que se había hecho en otras naciones radicalmente distintas de la nuestra, ni fue tampoco el código inepto forjado en la embriaguez del triunfo por las exigencias de un sistema especulativo e inadecuado; ¡no!, **aquel plan glorioso hendía sus raíces en lo hondo del alma nacional y correspondía a profundas necesidades vitales del pueblo mejicano.** Repudiarlo hubiera sido repudiar la libertad y la patria, y un siglo de desgracias nos enseña con la indiscutible elocuencia del tiempo, cuán caro cuesta a un pueblo querer levantar el edificio de su dicha sobre la arena movediza de brillantes sistemas a la moda, abandonando la roca viva en donde surgió su libertad.

Si Iturbide no hubiera hecho otra cosa que crear nuestra libertad sobre las bases de Iguala y simbolizarla en nuestra gloriosa bandera, tendría título sobreabundante al respeto, al amor, a la gratitud de todas las generaciones mejicanas.

Pero hizo más, mucho más; escrita con rara serenidad y con profunda solidez ha aparecido recientemente una historia de este primer período de nuestra vida nacional. Su autor, a quien profeso profundísimo afecto filial, ha marcado con mano maestra la unidad de carácter de Don Agustín de Iturbide.

Para los espíritus superficiales, Iturbide fue un hombre que vacilaba, que era sacudido por todos los vientos y agitado por todas las vicisitudes de su destino. En Iguala se cerró a sí mismo el camino al trono y en Córdoba se lo abrió: disolvió un Congreso y reinstaló más tarde la disuelta Asamblea, abdicó y se alejó de la Patria, y volvió después a la Patria que había abandonado.

Mas en el fondo de estas aparentes vacilaciones hay en Don Agustín de Iturbide, para los observadores profundos, unidad de carácter jamás desmentida.

La unidad de carácter no es el automatismo

del instinto, no es la monótona manera de obrar de la tenacidad inflexible; es como la unidad de la vida, indestructible en su magnífica variedad, suave en su energía potente, que se pliega a todas las circunstancias y cambia de cursos cuando es necesario, con la mirada siempre fija en el ideal inmutable, con el corazón guiado por un amor inmortal.

Para Iturbide este amor fue el amor de la Patria; creyó con toda la sinceridad de su alma, (y ¡cuantos lo creemos todavía!), que la única salvación de esa Patria era aquel plan de Iguala **“por donde llegamos al difícil y glorioso término de nuestra independencia”.** Y para realizar ese plan no tembló ni ante la grandeza, ni ante la ignominia, ni ante los sacrificios de la vida, ni ante el holocausto de la muerte.

“El amor de la Patria me llevó al trono”, dijo, y dijo una verdad. Iturbide no fue un ambicioso. Si es ambicioso buscar ordenadamente la grandeza, yo inclino mi frente ante los ambiciosos; porque he aprendido en la sólida doctrina de Santo Tomas de Aquino, que en el alma del hombre, juntamente con la humildad que nos hace conocer y amar nuestra miseria, debe existir la magnanimidad que nos revela nuestra verdadera grandeza y nos hace acometer arduas empresas por la gloria de Dios. Yo no sé si en Iturbide existiría la purísima magnanimidad cristiana, porque no tengo el don de escrutar los corazones; pero las palabras y los actos del Libertador, los testimonios de amigos y enemigos, y todos los indicios que a través del tiempo nos descubren los corazones, nos revelan que no fue la ambición personal la que infundió en el alma del Libertador sueños de realeza, sino que éste subió al trono, porque lo creyó indispensable **“para realizar en la materia plástica, que era la Patria, el ideal de Iguala”**; porque sintió la noble y apremiante obligación que tiene un padre de educar a su hijo que ha engendrado.

“Tomé a mi cargo, dijo en una ocasión, la independencia de la Patria; el término de esta empresa es verla constituida: mientras éste no llegue, soy responsable del éxito”.



La conciencia vivísima de esta obligación, el afán ardiente de implantar y de salvar a toda costa el plan de Iguala explican todos los actos de su efímero Imperio; sus audacias y sus condescendencias, sus esfuerzos y sus vacilaciones en aquella lucha titánica que tuvo que sostener contra sus gratuitos enemigos.

Cuando el Congreso con su inercia sistemática y con su oposición tenaz al Gobierno amenazó de muerte al plan de Iguala, el Emperador disolvió aquella asamblea; y cuando, creyendo perdido el apoyo del ejército, no quedaba a Iturbide para salvar los restos del ideal acariciado más que el recurso humillante de reinstalar el disuelto Congreso, Don Agustín tuvo la grandeza de no vacilar ante la humillación, y reinstaló el Congreso.

La suprema victoria

Mas la figura de Don Agustín toma proporciones gigantescas al abdicar la corona.

Abdicar por temor es cobardía; abdicar cuando es ésta la única salida que queda en la trama complicadísima de circunstancias adversas puede ser una desgracia; abdicar cuando se tiene todos los derechos al trono y todos los recursos para perpetuarse allí; abdicar cuando se tiene un corazón bien puesto, un nombre glorioso, un brazo formidable y una voz que conserva aún el acento irresistible de su pasado victorioso; abdicar inmolando una alta y legítima grandeza a los santos intereses de la Patria, es heroísmo, es la suprema victoria que puede lograr el hombre venciendo a sí mismo.

Iturbide pudo conservar su trono; **“aun tenía armas y opinión, y sus enemigos temblaban en presencia suya”**, dice el historiador Zavala. **“No lo hice por miedo a mis enemigos**, escribe el Emperador en el manifiesto de Liorna, **a todos conozco y sé lo que valen; tampoco porque hubiese perdido en el concepto y en el amor de los soldados; bien sabía que a mi voz los más se reunirían a los valientes que me acompañaban y los pocos que quedarán, lo verificarían a la primera acción o serían derrotados”**.

Pero ante la mirada clarividente del Emperador se dibujaba, como una visión de dolor y de sangre, la guerra civil con su cortejo de desgracias, y su gran corazón de patriota prefirió caer a sostener con la sangre de sus hermanos su trono inmaculado; y como valioso holocausto rompió su cetro y desgarró su púrpura ante la bandera de la Patria, ante aquella bandera que había tremolado en su triunfo y que ondea aún en el cielo de Méjico con la majestad de sus sagrados y simbólicos colores.

El amor a la Patria lo hizo descender de tan peligrosa altura y tomar el camino que más de una vez han tomado en la historia los grandes hombres, el camino del destierro, hostigado por el furor de sus enemigos, que se hicieron más crueles creyéndolo vencido y amargado por la estupenda indiferencia de la gran mayoría de la Nación, que amaba a su Emperador sin tener el valor de decirlo.

El supremo sacrificio

¿Había hecho Iturbide el último, el supremo sacrificio por la Patria que había creado? No, le faltaba aún ofrecer el más grande, lo más exquisito que puede ofrecer el hombre por lo que ama: ¡la sangre!

A la dulce Patria había ofrecido en Iguala su espada y su genio; en el trono, le había otorgado los dones de su actividad y de su grandeza de alma; restábele ofrecer su vida.

Y allá va, surca los mares con el corazón henchido de esperanzas y torturado de presentimientos; allá va, conducido por la Providencia de Dios y por la inmensidad de su patriotismo.

Llamamientos apremiantes y rumores de alarma habían ido a turbar la triste paz de su destierro, y vino. Vino para decirnos: **“Mejicanos, vengo, no como emperador, sino como soldado y mejicano, más por los sentimientos del corazón que por los comunes de la cuna; vengo como el principal interesado en la consolidación de vuestra independencia y justa libertad; vengo atraído por el reconocimiento que debo al afecto**

de la Nación en general y sin memoria alguna de las atroces calumnias con que quieren denigrar mi nombre mis enemigos o los enemigos de la Patria”.

Mas al desembarcar en la tierra mejicana, lo esperaba la ingratitud y la perfidia, y cayó gloriosamente... Murió por la Patria como por ella había vivido, y hoy hace precisamente un siglo que la sangre nobilísima de nuestro Padre tiñó con su púrpura la tierra que él había libertado y amado.

Ante la horrenda tragedia ¿prorrumpiremos en un grito de indignación y de dolor, parodiando la terrible maldición de David: “**Montes Gelboe, que no caiga sobre vosotros ni el rocío de la lluvia, porque en vosotros se abatió el escudo de los fuertes como si no estuviera ungido con el óleo santo?**”

¡No!, la sangre de Iturbide no clama venganza, porque es sangre cristiana, porque es sangre generosa, porque es sangre de padre.

Dios quiso. ¿Sabemos nosotros lo que pesa en la balanza de la misericordia y de la justicia la sangre del Padre muerto? ¿Sabemos lo que vale para la redención de Méjico?

Yo sé que hay manchas que solamente con sangre se lavan; yo sé que hay grandezas que solo con sangre se compran; yo sé que solamente sobre los lagos de sangre se refleja la dulce hermosura de la paz del mundo.

Ministro de la Iglesia, he aprendido de los labios mismos de mi madre lo que es y lo que vale la sangre generosamente derramada. El cristianismo es una religión de pureza y de amor. Sobre un océano de sangre divina se yergue la cruz redentora y civilizadora; sobre la sangre de los mártires se levanta el edificio inmortal de la Iglesia.

Todos los días levanto a los cielos la sangre divina para la paz del mundo. El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es la comunicación de la Sangre de Cristo? Y yo sé que para la plenitud de la paz debe mezclarse nuestra pobre sangre con la sangre opulenta del Cordero de Dios.

Quizá para la salvación de Méjico era preciso que se derramara una sangre muy noble, la

sangre de alguien que representará la Nación entera, la sangre de un ungido, la sangre de un padre.

¿Qué se mancharon las manos que tal sangre vertieron? Las manos de la humanidad se mancharon también con la sangre divina y las manos del Imperio con la sangre de los mártires, pues sólo de esa manera suele derramarse la sangre inocente.

Oigamos el clamor de esperanza que brota de esa sangre querida. No digamos que fue derramada hace un siglo. Dios es lento, lentísimo, porque cuenta con la eternidad, y los siglos son ante su mirada como para nosotros el día que pasó.

Callad, callad, oigamos la voz de esa sangre que nos habla de vida, de una vida que debemos imitar, de una vida que es nuestra herencia, de una vida que tuvo un ideal: la felicidad de Méjico; y una fuerza: el patriotismo cristiano.

Y ahora invoquemos al Dios de las Naciones para que escuche la voz de esa sangre que clama hacia El.

¡Señor! ¿No escuchas el clamor de la sangre de nuestro padre muerto? Hace un siglo que esa sangre repite en tus oídos el clamor de la misericordia; hace un siglo que te pide con inmensa plegaria por la Patria Mejicana. ¿No han bastado cien años de desgracias para limpiar nuestras manchas nacionales, para comprar nuestra grandeza, para afirmar nuestra paz? Oye el clamor ingente; no está aislado, Señor, se mezcla con nuestros clamores, con los clamores de muchas generaciones, se mezcla con la voz dulcísima de aquella Virgen que nos diste por Madre, la que vive en el Tepeyac, la que vive en nuestros corazones.

Y si a nuestros torpes oídos mortales escapa otro clamor que suena en los tuyos divinos; si desde el lugar donde las almas se purifican, clama hacia Tí el alma de nuestro Padre, ávida de felicidad y de amor: oye también, Señor, ese clamor; compadécete del alma de tu siervo Agustín por la

Monseñor Luis Ma. Martínez

Arzobispo Primado de México